SERMON

QUE EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD QUE ANUALMENTE CELEBRA

LA INMEMORIAL Y VENERABLE HERMANDAD

DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Y ARCHICOFRADIA

DE LAS BENDITAS ANIMAS,

PREDICÓ EL DIA 3 DE JUNIO DE 1877

EN LA PARROQUIA DE S. ANTONIO

EL PRESBÍTERO LICENCIADO

Don Pablo Medina y Guerrero,

Capellan Pàrroco del Hospital Militar de esta plaza.



CADIZ.

IMPRENTA IBÉRICA,—F. DE ARJONA,

IMPRESOR DE S. M.,

Duque de Tetuan 19.

1877.

Al Sr. Dn. José Rosetty, Cronista de la ciu-
d y su Provincia

En prueba de la buena amistad q.e le profesa

El Autor

Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.

Hijitos mios, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.

Ep. 1.ª de S. Juan, cap. 3, v. 18.

SEÑORES:

Hay una ley á la cual todo está subordinado en la naturaleza. Desde el hombre, ser el mas perfecto de la tierra, dotado de inteligencia y voluntad, hasta la invisible yerbecilla que se cria en la superficie de la roca ó sobre la corteza de la añosa encina, todo se halla sugeto á esa ley santa, sublime reflejo de la bondad y de la sabiduria del Hacedor. La admirable cohesion de las moléculas en los minerales; la frondosidad y lozanía de las plantas, ora estas se revistan de gallardas flores ó ya se cubran de dorados frutos; los diminutos insectos que ostentan á la luz del sol la brillantez de sus alas; las tiernos avecillas que suspenden sus preciosos nidos en las ramas de los árboles; los cuadrúpedos de mil y mil especies que viven sobre la tierra para el servicio del hombre; todo, en fin, cuanto es, cuanto vive, cuanto siente en nuestro derredor, canta á su modo, aunque siempre de una manera mágica y sublime, el himno misterioso del amor.

Porque el amor «es la encarnacion de la divinidad en la naturaleza; es la armonia inefable que impulsa todas las cosas al fin á que fueron destinadas; es el iris de belleza incomparable que refleja las miradas del Dios Omnipotente.»

El hombre, criado á imágen y semejanza de Dios, habia sido dotado de ese don divino en el grado mas perfecto; mas, corrompido por la culpa, el ódio y el orgullo, la envidia y la soberbia, se apoderaron de su corazon y le humillaron hasta el punto

de reducirle al estado mas triste y deplorable. Y aquí teneis que, por mucho que se esforzaron los sábios de la antigüedad, jamás pudieron formular una ley, un principio, un mandamiento, que pudiese reivindicar al hombre en sus antiguos derechos é inspirarle el sublime sentimiento del amor. Esto estaba reservado al mismo Dios. ¿Sabeis por qué? porque únicamente Dios podia levantar al hombre de la postracion en que se hallaba; porque únicamente Dios podia inspirar unas palabras como las que acabais de oir en la Epístola de la Misa y que he tomado por téxto: Hijitos mios, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad: *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate;* palabras divinas que encierran tanta filosofía, tanta ciencia, que por sí solas bastarian para convertir el mundo en la antesala del cielo.

El Evangelio, señores, de este dia, sobre cuya enseñanha de girar principalmente mi discurso, nos manifiesta la última consecuencia práctica de la doctrina de nuestro adorable Redentor: hacer de la humanidad una sola familia unida por los dulces é indisolubles lazos de su fé y de su amor. Pensamiento completamente nuevo, completamente desconocido en la antigüedad y que necesitaba ser revelado por el mismo Dios. Para convenceros mas de esta verdad, abrid el libro de la historia y en cada una de sus páginas encontrareis una mancha de sangre; sangre que, antes de Jesucristo, se ha derramado por los rencores, por los ódios, por las ambiciones de los hombres; por ser desconocido en absoluto, lo mismo por los sábios que por los ignorantes, el verdadero sentido de la palabra *fraternidad.* Despues de Jesucristo, tambien se ha derramado mucha sangre, y se derrama por desgracia todavia, pero se derrama porque el mundo se resiste á escuchar la voz de su Salvador; porque á los mismos cristianos apenas si nos queda ya de tales mas que el nombre; porque tenemos el corazon empedernido y la cabeza vacia y no comprendemos todo el amor, toda la utilidad, toda la enseñanza, toda la sublimidad que encierran estas dulcísimas palabras: hijitos mios, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad: *filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.*

Hoy señores, que el progreso material ha llegado á una gran altura, gracias sin duda al bien dirigido estudio de las cien-

cias naturales, llama poderosamente la atencion de los filósofos y de los jurisconsultos el alarmante descenso que se marca en el termómetro de la moralidad; y ved por qué no pasa dia sin que la prensa nos anuncie un libro en el que se representa una nueva teoría, en el que se desenvuelve un nuevo sistema, segun el cual la regeneracion moral del individuo, de la familia y de la sociedad ha de ser muy pronto un hecho, pues nos ofrece la clave segura para resolver matemáticamente todos los problemas que, en este sentido, hoy ocupan tanto la inteligencia de los sábios y de las academias. Pero resulta que estos libros, que solo se leen segun el crédito del autor ó el de la escuela que los apadrina, son reemplazados por otros que ofrecen mas novedad y los cuales, como los anteriores, pasan bien pronto, tras una vida efímera y penosa, al panteon del olvido.

Y es, señores, que la verdad no es mas que una; y no siendo mas que una en todos los momentos históricos debe estar presente, debe ser eterna; y siendo eterna no puede ser mas que de Dios ó el mismo Dios. ¿Fundais vuestros sistemas, sábios que dedicais vuestros talentos al progreso de la humanidad, en la verdad eterna de Dios, en la verdad revelada? ¿Reconoceis á Jesucristo, realmente presente en la Sagrada Eucaristía, como fuente y orígen de toda perfeccion, de toda santidad? ¿Sí? Pues trabajad, trabajad animosos y no desistais de vuestra empresa recordando que á unos cuantos infelices pescadores que asistieron al primer banquete ofrecido por Jesus, se debe toda la cultura y toda la civilizacion del poderoso siglo diez y nueve. ¿Despreciais la revelacion? ¿Creeis que sola vuestra razon os puede conducir al puerto que deseais? ¿Resistís, en fin, á ocupar el puesto que se os ofrece en el perenne convite que os hace el mismo Dios? Pues entonces, desgraciados de vosotros y de aquellos que os escuchen porque vuestras obras, como hijas del orgullo y la soberbia, no podrán dar otros frutos que frutos de maldicion; porque vuestro amor al verdadero progreso serán solo halaracas de un egoismo disfrazado; porque vuestro amor á la verdad es de palabras, vuestro amor al prógimo es de lengua, y el amor, en todas sus legítimas manifestaciones, no debe ser de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad; *non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate.*

Indicado queda el pensamiento que procuraré desarrollar en

mi sencillo discurso, y que, para mayor claridad, reduciré á los términos de la siguiente proposicion: «Jesucristo, realmente presente en la Sagrada Eucaristía, es fuente perenne de inagotable amor donde el mundo puede saciar únicamente la sed de sus aspiraciones y hallar la felicidad.» La empresa es por demás difícil, mis fuerzas por demás escasas; por eso, al aceptar el honor tan distinguido que me ha dispensado la muy ilustre y devota corporacion que hoy ofrece estos piadosos cultos, lo hice confiado en los auxilios de la divina gracia y en vuestra proverbial benevolencia. Para alcanzar la primera, acercaos conmigo á el altar santo con una súplica piadosa.

¡Señor! oscurecida mi mente por la ignorancia de la culpa, y falto mi corazon del sentimiento que inspira la práctica de todas las virtudes, ni una sola palabra podré pronunciar en honor vuestro, si un rayo de vuestra divina luz no me ilumina, si una ráfaga de vuestro puro amor no me conmueve. Yo me reconozco indigno de favor tan señalado: por eso no me atrevo á suplicároslo: os lo suplica en mi nombre vuestra amantísima Madre en tanto que nosotros la saludamos con Gabriel Ave Maria.

Marchan, señores, tan íntimamente unidas en la vida las necesidades materiales y las necesidades del espíritu, que en tanto el hombre, y lo mismo la sociedad, se acercan mas á la perfeccion en cuanto satisfacen mas cumplidamente y á la par estas necesidades. Ved aquí sin duda por qué desde tiempo inmemorial los grandes acontecimientos como las grandes alegrias han sido celebrados siempre y en todas partes con banquetes; y ved aquí tambien por qué Jesucristo, en su infinito amor á la humanidad, quiso celebrar antes de morir aquella gran cena á que se refiere la parábola que se lee en el Evangelio de este dia.

Un Señor preparó una gran comida y dispuso todo lo necesario para que asistieran y quedasen satisfechas las personas mas notables y distinguidas de la sociedad; mas llegada la hora del convite, todos los invitados escusaron su asistencia con frívolos pretestos. Entonces, indignado el Señor, dijo á sus criados: salid por calles y plazas y traed á todos los pobres, á todos los desgraciados que encontreis. Obedecieron al punto, mas con tal abundancia y esplendidez habia sido el banquete preparado, que no obstante el crecido número de los que llegaron, quedaron si-

tios vacantes. Advertido el Señor de que aun no estaba completo el número, volvió á decir á sus criados: salid por los caminos y por los cercados y á todos los que encontreis obligadles á que vengan.

Ya habreis comprendido que Jesucristo es el Señor que prepara este gran banquete, que es el banquete de la Eucaristía; los sábios y los poderosos de la tierra, los que, por la soberbia, que ciega el entendimiento, y por el orgullo, que hincha el corazon, se escusan de aceptar este convite; y que únicamente los pobres, los humildes, los desvalidos, los desventurados, son los que reciben la incomparable honra y los que gozan la esplendente dicha, de participar de este amorosísimo obsequio en el cual no solamente se ofrecen cosas peregrinas y nunca gustadas, sino que en un solo manjar se encuentran todos los sabores deliciosos, todos los gustos inefables, todo lo misterioso, lo augusto, lo dulcísimo, la felicidad sacratísima de la realidad Eucarística, el compendio de todos los bienes, la víctima del pecado del mundo sobre el altar, y el sublime trono de la piedad divina.

¿Por qué, pues, ¡oh protestantes! escusais este convite y rechazais á Dios, no queriéndole conocer realmente presente en la Sagrada Eucaristía? ¿Os ofrecen dudas, como á los antiguos judíos, las palabras de Jesus? Pues entonces ¿cómo no conocieron todas las Iglèsias este error hasta que tuvo lugar la apostasía de vuestros pérfidos progenitores? ¿Conoceis esta verdad? pues ¡desgraciados! ¿por qué no despreciais ya de una vez los bastardos intereses que os retienen y volveis al seno de la madre Iglesia que hace tres siglos sin cesar os llama y que con lágrimas en los ojos y con los brazos abiertos os espera? Y vosotros ¡oh racionalistas! ¿rechazais tambien este banquete porque vuestra razon no alcanza todo el misterio que se encierra en este manjar divino? pues entonces, rechazad toda la ciencia, porque en el órden mismo de la naturaleza tropezareis á cada paso con verdades que no osareis negar, á pesar de que ni por vuestros análisis, ni por vuestras investigaciones las podreis comprender nunca!

Pero vamos á las pruebas. Jesucristo dice: Yo soy pan vivo bajado del cielo; *ego sum panis vivus qui de cœlo descendi:* palabras que dan lugar á que el orgullo de los judios, símbolo y figura de los protestantes, levante murmuraciones; murmuraciones injustas y por demás impías, pero que no deben estrañarnos si

atendemos á que el mismo Jesucristo dice: «el conocerme y creer en mí es una gracia y un don del Padre celestial que me ha enviado.» Y en otro lugar: «No murmureis de aquello mismo porque debiérais confundiros y temblar delante de Dios:» *nolite murmurare in invicem;* palabras que nos enseñan cuán superior es á la razon humana el misterio de la Eucaristía, cuán grande es la fé que él exige, y como esta fé, don inefable de Dios, no se concede á la presuncion que solo trata de raciocinar, sino á la humildad que desea creer. Por eso repite luego el mismo Jesucristo que solo el que cree en él alcanzará la vida eterna; *qui credit in me habet vitam æternam.*

Yo soy verdadero pan de vida: *ego sum panis vitæ,* continúa en otro lugar el mismo Hijo de Dios: pan verdadero y real, que se come como el maná, pero con la diferencia de que el maná no libró á los antiguos hebreos de morir y el que come de este pan se libra de la muerte; porque este pan es el maná verdadero bajado del cielo. Y os lo repito de nuevo, añade el mismo Jesus, este pan divino bajado del cielo soy yo mismo: no es mi palabra, ni mi doctrina, sino mi misma carne, la carne misma que será inmolada por la salvacion del mundo, y el que se alimenta de este pan alcanzará la vida eterna; *Ego sum panis vivus qui de cœlo descendit; si quis manducaverit ex hoc pane vivet in æternum et panis quem ego dabo caro mea est pro mundi vita.*

Así hablaba el Verbo eterno de Dios, y no ya privadamente sino como advierte el mismo Evangelista S. Juan, en público, en la gran Sinagoga de Cafarnaun, en presencia de una gran multitud, en presencia de los fariseos, de los escribas y de los doctores de la ley. Y bien, cómo recibió este auditorio una revelacion tan misteriosa? ¿Cómo? algunos entendieron las palabras de Jesucristo en un sentido místico y alegórico y creyeron que la comida de que hablaba de sus carnes era una comida figurativa y simbólica. Estos tuvieron muchos imitadores despues entre los protestantes, pero la mayor parte las creyó en su verdadero sentido, en su sentido propio: de aquí que escandalizados exclamaran: ¿quién puede creer tales palabras? ¿quién puede ni siquiera oirlas? *¿quis potest talia credere? ¿quis potest eum audire?* ó murmuraban diciendo: «imposible que quiera significar una cosa tan increible; porque ¿cómo habia de poder él, vivo co-

mo está, darnos á comer su cuerpo? Y aun despues de muerto ¿cómo el cuerpo de un solo hombre habia de ser comido siempre y por todos los hombres?» ¿Y qué hace Jesucristo que leia en los corazones de los que murmuraban? ¿modifica sus palabras? Todo lo contrario: Murmurad, les dice, murmurad cuanto querais sobre la imposibilidad de que yo os dé á comer mi cuerpo: pero yo os digo entretanto que debeis comer esta mi carne y beber esta mi sangre si quereis conseguir la vida eterna. Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Y del mismo modo que cualquiera otra comida material y cualquiera otra bebida de la misma clase, entra verdaderamente en el cuerpo del que le recibe y se trasforma y se identifica con él, de la misma manera el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Y así como mi venida á la tierra no me separa de mi Padre, aun cuando yo haya sido enviado por él, sino que unido á él vivo siempre en él y con él; así tambien el que se alimenta de mí vivirá siempre para mí; yó seré el alimento de su vida espiritual, como la comida lo es de la vida corporal, y mi carne, inseparable de mi divinidad, lo hará participante de la vida divina que yo recibo de mi Padre: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Petrem; et qui manducat me et ipse vivet propter me.*

Por último, reasumiendo todo su discurso, concluye Jesucristo: Este es verdaderamente el pan bajado del cielo, el pan divino, del que solo fué una figura el maná y por lo mismo no pudo librar de la muerte á vuestros padres, siendo así que el que come de este pan vivirá eternamente: *Hic est panis vivus qui decœlo descendit. Non sicut manducaverunt patres vestri manna et mortui siut. Qui manducat hunc panem vivet in æternum.*

¡Vedlo, señores! solo la enseñanza de Dios, la fuerza de la palabra de Dios y el poderio de su gracia es lo que puede hacer á la razon admitir un misterio tan grande y tan incomprensible. Por eso, los que carecen de fé, rechazan el convite de la Eucaristía, del pan del alma, ó se escusan de admitirle con frívolos pretestos. ¿Por qué? porque carecen de ese don que Dios concede tan solo á los humildes. La oposicion, pues, que presentan los protestantes á este misterio, no prueba sino que han pretendido someter la palabra de Dios al juicio de su razon privada en vez de so-

meter su razon privada á la palabra de Dios. Por eso sus argumentos contra este misterio, que ellos creen tan razonables y plausibles, no son mas que blasfemias horrendas ó estravagancias ridículas. Y es que ellos creen estar iluminados cuando están en las tinieblas, creen ver cuando están ciegos, creen discurrir cuando no hacen mas que delirar, creen amar cuando su amor es filantropía, es decir, amor de palabras y de lengua no de obra y de verdad, como lo quiere Jesucristo; *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.*

¿Pero qué verosimilitud hay, dicen los incrédulos, en que Dios haya propuesto para que lo creamos un imposible, un absurdo? Pues es muy sencillo, les contestaremos: porque en trasformar una sustancia en otra, la sustancia del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, no hay para Dios dificultad ni menos imposible. ¡Ah! decia S. Ambrosio á los gentiles, el mundo entero, á una simple palabra del Verbo eterno, salió de la nada. ¿Por qué, pues, la palabra del mismo Verbo de Dios encarnado, que pudo formar de la nada lo que no existia, no podrá convertir lo que es en lo que no era? Mayor milagro es dar á las cosas su naturaleza que mudársela. Luego el que hizo lo mas ¿no podia hacer lo menos? (De Sacram. lib. 4.)

Pero no es necesario que nos remontemos al orígen de las cosas, diré, siguiendo la enseñanza de otro Santo Padre, ni ir tan lejos, para probar la posibilidad de un misterio cuyo símbolo y cuya figura tenemos siempre ante los ojos. La vegetacion que se obra en la naturaleza no es otra cosa que una contínua transustanciacion, ó sea la conversion de una sustancia en otra. El agua del cielo, el aire, el calor y la tierra se convierten y se transforman en yerbas, en plantas, en árboles, en flores y en frutos. El pan que comemos no es otra cosa que tierra y aire en trigo transformados. El agua que bebemos proviene tambien de dos principios, diversos en naturaleza, que por una transformacion natural é incomprensible se convierten en otra sustancia completamente distinta. Los vestidos mismos con que cubrimos nuestra desnudez ó los que fabrica el lujo para realzar mas la belleza, ¿son otra cosa que transformaciones de las sustancias que las plantas textiles toman de la tierra y de la atmósfera ó las larvas de un insecto alimentado con las hojas de una planta? ¿No nos enseña hoy la nueva ciencia que por las múltiples é in-

finitas metamórfosis de la materia, de unos mismos elementos, igualmente se forma el hongo microscópico que esos esplendentes mundos que pueblan el espacio? Ahora bien, ¿no es el mismo Dios, que crió todas las naturalezas de los cuerpos y bajo cuya accion tienen lugar tan múltiples transformaciones, el que convierte de nuevo en el Sacramento, la sustancia del pan en la sustancia de su cuerpo, porque tuvo la bondad de prometerlo y porque tiene poderío para hacerlo?

Pero el cuerpo de Jesucristo no puede estar todo entero en una pequeña hostia y en cada parte de ella. Y ¿por qué no? Así como Dios puede dilatar inmensamente una cosa, de la misma manera la puede comprimir inmensamente tambien. Los elementos que encierra el grano de pólvora ó de dinamita, por egemplo, de tal modo se dilatan al convertirse en gases, que rompen los mayores obstáculos, vencen las mayores resistencias y llegan y se estienden hasta donde nosotros no podemos calcular. Por el contrario, el cedro del Líbano está contenido en la pequeñísima semilla que le produce, y el hombre entero en el diminuto gérmen que le engendra. Además, la pupila de los ojos, diré copiando á Elvico, es una cosa muy pequeña, y sin embargo, en ella se pinta por medio de la luz un gran paisaje, un elevado monte, una preciosa campiña y por eso los vé. ¿Tendrán inconveniente en admitir esto los sábios? Pues muy bien puede encontrarse de la misma suerte el cuerpo del Señor, todo entero, en una pequeñísima parte de la hostia, solamente que, lo que se vé, se contiene en el ojo de una manera *intencional* y Jesucristo se halla en el pan consagrado de un modo *sacramental:* se encuentra adornado con las dotes de la gloria, entre las que cuenta S. Pablo la impasibilidad, la agilidad y la sutileza, es decir, á manera de sustancia espiritual, á manera de ángel, como enseña la teología. Si un ángel, continúa el sábio citado, se ocultase en una hostia, estaria todo entero en la hostia, como el alma humana está toda entera en todo el cuerpo y en cada una de sus partes, como Dios está todo entero en todo el mundo y en cada una de las partes del mundo. ¿Y por qué este mismo Dios no ha de poder colocar su humanidad toda entera en la hostia y en cada una de sus partes, en las que se encuentra presente con su divinidad? Si un ángel se ocultase en un pan, no verias el ángel, dice el Imperfecto, sino solo el pan; no palparias, ni gus-

tarias, ni olerias mas que el pan; y sin embargo, no dudarias de la presencia de un ángel en aquel pan si te lo asegurase un Profeta. Y ¿por qué no has de creer que en la hostia consagrada se oculta verdaderamente Jesucristo, que no puede mentir? El dicho modo de existir espiritual é invisiblemente en una hostia seria para el ángel una cosa natural. Y ¿por qué el Dios Omnipotente no ha de poder hacer lo mismo con respecto al cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía? (Vid. á Lap. in 1 Cor. XI.)

No os escuseis, pues, oh espíritus indóciles, de aceptar este banquete creyendo que lo que se os ofrece es solo un manjar insípido, porque el que come de este manjar no solamente esperimenta sabores deliciosos y nunca gustados, no solamente encuentra una felicidad desconocida, sino que además vive en Jesucristo y alcanzará vida eterna.

La Sagrada Eucaristía es la fuente perenne de inagotable amor donde el mundo únicamente puede saciar la sed de sus aspiraciones y hallar la felicidad. En este siglo, señores, de verdadera actividad intelectual, de verdadera actividad científica, el hombre ha logrado arrancar algunos secretos á la naturaleza, con los cuales ha conseguido un progreso material sorprendentísimo; pero orgulloso con sus nuevas conquistas y creyendo ya que solo con su inteligencia puede alcanzar á saberlo todo y á dominarlo todo, pronuncia nuevamente el *non serviam* de Luzbel y se precipita desde el esplendoroso cielo de la fé á el oscuro y tenebroso abismo de la duda y del error.

El principio de la sabiduria es el temor de Dios; luego fuera del temor de Dios podrá progresarse mucho en el error, mas no se podrá dar un solo paso en el camino de la verdadera ciencia que es el camino de la verdad. La verdad, como os he dicho antes, no puede ser mas que una y esta eterna.

Pues bien, la historia de la razon, como la historia del protestantismo, es la historia de las variaciones. Desde los Bracmas de la India hasta Platon, desde Platon á Abelardo y desde Abelardo á Spinosa, á Hegel, á Crause, á Sanz del Rio ¿no ha producido la filosofía á nombre de la razon pura los sistemas mas estravagantes? ¿No ha nacido siempre al lado de un espiritualismo como el de Platon, un sensualismo como el de Epicuro, al lado de un idealismo como el de Kant, un materialismo como el de Herman, al lado de un eclecticismo como el de Cousin un

Vecquer que niegue la verdad y la utilidad de la filosofía? ¿No se ha visto siempre que apenas un filósofo ha publicado una nueva teoria á nombre de la razon, ya ha salido otro filósofo con otra teoria mas nueva y á nombre de la razon tambien á demostrarle que no tiene razon? Por otra parte ¿dónde está la utilidad práctica que reporta el mundo de una filosofía cuyas ideas no solamente no están al alcance de todas las inteligencias, sino que hasta se ocultan, sino que hasta se esconden á la penetracion de los mismos sábios? Señores, ¡buena estaria la civilizacion, buena estaria la humanidad, si los humildes discípulos del Crucificado, con su doctrina de paz, de caridad y de amor, no le hubieran abierto sus bellos y dilatados horizontes, si hubiera tenido que esperar de las conquistas del racionalismo sus triunfos!... Estas doctrinas no han podido encontrar eco jamás sino entre los grandes y entre los ilusos; y esto se comprende facilmente: porque las grandezas ciegan y la vanidad trastorna; pero que se lleve esa filosofía á las buardillas de los pobres ó á las chozas de los miserables, que se enseñe á filosofar al infeliz á quien el hambre devora, á la desconsolada madre cuyo tierno niño se alimenta menos con leche que con lágrimas, al que yace enfermo sobre un lecho de húmeda paja, que se les diga que son víctimas de su credulidad; que la religion que les suministra sus únicos consuelos es una mentira; que al recibir la Sagrada Eucaristía no reciben mas que un vano fantasma; que al dirigir sus ojos suplicantes á la Madre de los afligidos persiguen una quimera; que no hay Jesus que les ampare ni Vírgen que les favorezca... ¡Ah! no se atreverian á tanto: comprenderian perfectamente que cuando se llora y se padece, se necesitan remedios y no máximas, sentimientos y no discursos. Pues bien, el Dios á quien adoramos en la Sagrada Eucaristía es el que inspira esos consuelos diciéndonos á todos: «Hijitos mios, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad;» es el que dá esos sentimientos de paciencia, de fortaleza y de resignacion; es la fuente, en una palabra, donde los sábios y los ignorantes, los afortunados y los desvalidos, donde todo el mundo, en fin, puede saciar la sed de sus aspiraciones y hallar la felicidad.

La ciencia del análisis y la esperimentacion, la ciencia de la materia, tampoco puede dar al mundo la felicidad por mas que es indudable que contribuye á ella; y ¿sabeis por qué? porque sus

conquistas no pueden elevarse nunca al cielo de la moral. Los modernos sábios pretenden fundamentar el edificio de la moderna civilizacion en los progresos que de la materia han obtenido; mas sin tener en cuenta que el hombre no vive solamente la vida material, ni la vida de la inteligencia: necesita además la vida del espíritu, la vida del alma, y que ellos mismos, cuando llegan á los límites en que necesariamente ha de estrellarse su sabiduria, cuando se encuentren torturados por la desesperacion que les ha de producir necesariameute su impotencia, cuando sientan abrasados sus lábios por la sed de un saber imposible, entonces si quieren tranquilidad, si quieren consuelo, si quieren felicidad, es indispensable que vuelvan sus ojos á ese Dios que niegan en su locura, porque en su fé y en su amor únicamente se encuentra el hombre verdaderamente satisfecho, porque en él únicamente puede encontrar el orígen de su ciencia y el fin de su destino: *initium sapientiæ timor Domini.*

Habeis visto, señores, que la verdadera nocion del amor fué desconocida de los hombres hasta que con su admirable doctrina, y mas aun con su egemplo, nos la enseñó Jesucristo; que en prueba de su infinito amor á la humanidad quiso ofrecernos su propio cuerpo y su propia sangre en el perenne banquete de la Eucaristía: que los vanos y los soberbios de la tierra se escusan de aceptar este convite con frívolos pretestos: y que únicamente los pobres y los humildes son los que gozan la inefable dicha de saborear este manjar divino, único que puede dejar al hombre verdaderamente satisfecho y fuera del cual no puede encontrar el mundo su perfeccion y su felicidad. Porque este pan, en fin, es restauracion de la vida y singular remedio contra la muerte, y porque cual dijo aquel Santo Pontífice Inocencio II, así como Jesus nos libertó de la potestad del pecado, así por el Sacramento de la Eucaristía nos arrebata la voluntad de pecar, pues cuando este Sacramento se recibe dignamente, nos aparta de lo malo, nos confirma en lo bueno, borra lo venial y nos precave de la muerte.

Dichosos vosotros, espíritus humildes, corazones sinceramente cristianos, sucesores de aquellos desvalidos que llenos de fé y de esperanza corrieron presurosos al banquete del Señor: dichosos vosotros, porque vuestras almas jamás se verán oscurecidas con las sombras funestas del error: porque vuestros cora-

zones estarán henchidos siempre de esa alegría incomparable, de esa satisfaccion inmensa que el amor verdadero proporciona, porque vuestras lenguas, saboreando con frecuencia este manjar del cielo, no podrán por menos de clamar continuamente: «Alaba Sion á tu Salvador, alaba á tu Mesias, á tu Cristo, por los siglos de los siglos.»

Y tú, venerable asociacion de la *Esclavitud del Santísimo Sacramento*, no te avergüences nunca de tu honroso título, porque así como la verdadera libertad consiste en la esclavitud del deber, la verdadera felicidad se funda en la esclavitud del amor. No temas verte perseguida por una sociedad saturada de errores y de preocupaciones. Tu conducta está en oposicion con la del mundo, pero tu conducta está bendecida y es la gloria de la Santa Iglesia. No abandones nunca tus estatutos, no olvides tu historia: tú naciste para dar un testimonio de amor y gratitud á Jesucristo cuando una sociedad envenenada por el error y la ambicion vomitaba sobre el catolicismo todo género de ultrages; pues bien, hoy que por todas partes se respira la atmósfera pestilente de la duda, hoy que se dice y se asegura que la fé está muerta, y que el esplendoroso alcázar de la moderna civilizacion se ha empezado á levantar sobre las ruinas de nuestra Religion, sed vosotros, ¡oh esclavos de Jesus! los que, con vuestro amor á Jesus Sacramentado, con vuestro fervor santo, con vuestra adoracion contínua y pública, atraigais á puerto de salvacion á tantos desgraciados á quienes el impio vendabal del filosofismo y de la *nueva ciencia* ha hecho perder el rumbo y les arrebata por el cenagoso mar de la sensualidad y de la indiferencia. Acercaos con frecuencia á Jesucristo, ó mejor dicho, no os separeis nunca de él: amadle, adoradle, alimentaos de él, vivid de su vida, y de este modo sereis siempre felices. Amaos tambien entre vosotros: que el nombre que os dais de hermanos sea una purísima verdad; amad á vuestros enemigos, á los enemigos de Jesucristo, á los enemigos de la Iglesia, y que este amor no sea de palabra ni de lengua, como hacen los hipócritas, sino de obra y de verdad: *Filioli mei non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.*

Señor! no soy digno de que mi débil voz llegue á las gradas de vuestro excelso trono, pero fiel intérprete de estos corazones que tanto os aman y confiado en vuestra bondad y mise-

ricordia infinita, me atrevo á pediros copiosísimas bendiciones para nuestro queridísimo padre el venerable Pontífice Pio IX, hoy precisamente quincuagésimo aniversario de su consagracion episcopal, hoy precisamente que tantos consuelos recibirá su corazon atribulado con las inequívocas pruebas de adhesion y de filial cariño que le han de ofrecer miles y miles de peregrinos que con tan fausto motivo han marchado á Roma desde todos los confines de la tierra. Bendicion para todos los que siguen las torcidas sendas del error; haced, Dios mio, que se reconozcan y que vuelvan humillados y arrepentidos al seno de la Iglesia como volviera el hijo pródigo á la casa de su padre. Bendicion para todos los Gobiernos de la tierra. Bendicion para estos hijos vuestros que ostentan como el mas preclaro de sus títulos el de ser esclavos tuyos: bendicion para aquellos de sus hermanos que habiendo dejado de existir, todavia no pueden gozar de la vision beatífica por tener algunas culpas que purgar. Bendicion sobre todos mis oyentes, sobre todo el mundo, en fin. Haced, Dios mio, que todos te amemos y te bendigamos en la tierra y vayamos despues á gozar del premio que nos ofreces en la gloria por toda una eternidad. AMEN.

Este Sermon se ha impreso á instancias y por cuenta de los hermanos de la Esclavitud del Santísimo.